

Pablo Cervera Barranco
Manuel Vargas Cano de Santayana

**Luis María Mendizábal, SJ,
testigo y apóstol
del Corazón de Cristo**

Datos para una biografía

ÍNDICE GENERAL

Prólogo	9
Introducción	13
Siglas y abreviaturas	17
CAPÍTULO I. Primeros Pasos. Bergara (1925-1935)	19
CAPÍTULO II. Al colegio en serio. Sangüesa y Javier (1935-1940) .	31
CAPÍTULO III. «Siempre tuve vocación». Loyola (1940-1942). ...	41
Capítulo IV. Adelantando en el espíritu. Loyola, Orduña, Oña, Tudela (1942-1949).....	55
1. Loyola (Guipúzcoa).....	55
2. Orduña (Vizcaya).....	57
3. Oña (Burgos).....	58
4. Tudela (Navarra).....	61
CAPÍTULO V. Licenciatura en Teología. Sant Cugat e Innsbruck (1949-1953).....	67
1. Sant Cugat del Vallés (Barcelona).....	67
2. Innsbruck (Austria)	72
CAPÍTULO VI. Doctorado en Roma (Cursos 1953-1955)	85
CAPÍTULO VII. Tercera probación. Gandía (Curso 1955-1956)	91
CAPÍTULO VIII. Docencia en Roma (1956-1966)	97
1. La vida en la Ciudad Eterna	97
2. Vida universitaria	102
3. Investigación y docencia	104
4. El Concilio Vaticano II	108
5. Situación de la Compañía antes del Concilio.....	116
6. La Compañía de Jesús con el padre Pedro Arrupe	118
CAPÍTULO IX. Maestro de tercerones (1966-1969).....	129

CAPÍTULO X. De Bilbao a Madrid (1969-1994).....	139
1. El Apostolado de la Oración: identidad e historia	142
2. Apóstol del Corazón de Cristo	159
3. Los Ejercicios y la espiritualidad ignaciana	166
4. Dirección espiritual	169
5. Tarea docente	172
6. «... Ese da mucho fruto».....	177
7. Disposiciones interiores	204
8. La cruz	206
9. La despedida de la Dirección Nacional	214
CAPÍTULO XI. Toledo (1994-2011)	219
1. Religioso jesuita	221
2. El acompañamiento espiritual	225
3. Siempre en el Corazón de Cristo	227
4. Sin bajar de la cruz	230
5. Amor a la Iglesia. Ejercicios a los obispos	236
6. Obediencia y discernimiento.....	237
CAPÍTULO XII. Alcalá de Henares (2011-2018).....	241
1. La vida en Alcalá	242
2. Infatigable apóstol	244
3. La última etapa	247
4. «Se rompió el alabastro y la casa se llenó de aquel perfume».....	250
5. El Señor lo hace todo bien	252
6. Capilla ardiente, funeral y entierro	254
7. «Para que donde estoy yo estéis también vosotros».....	258
APÉNDICE	261
Homilía de Mons. Juan Antonio Reig Plá, obispo de Alcalá de Henares (Madrid), en la misa de exequias	263
Homilía de Mons. José Ignacio Munilla Aguirre, obispo de San Sebastián (Guipúzcoa), en la misa funeral	269
Homilía de D. Carlos Lorient García, vicerrector del Seminario Mayor de Toledo, en el funeral ofrecido con motivo del segundo aniversario de su muerte.....	275
ILUSTRACIONES	281

PRÓLOGO

Escribir estas líneas de prólogo para la primera biografía del padre Mendizábal es un honor inmerecido. Yo, aunque lo conocí, traté poco al biografiado. En realidad, ha sido la lectura de este libro la que me ha dado una cierta idea cabal de la figura y de la obra de este gran testigo y apóstol del Corazón de Cristo. Con todo, he aceptado la responsabilidad de escribir, porque conocía bien la fama de santidad del padre Mendizábal y no he podido sustraerme a la obligación de aportar este ínfimo grano de arena al conocimiento y difusión de su misión en la Iglesia y en el mundo.

Los santos interceden en la Gloria por la Iglesia militante de la tierra; además, sus vidas muestran con la fuerza de los hechos que es posible en el mundo la unión de vida y amor con Cristo, aunque no sean imitables al pie de la letra, pues para cada bautizado Dios tiene pensado un camino propio de santidad. Pero no solo eso: los santos son también enviados de Dios a la Iglesia y al mundo con una misión específica para su tiempo, para sus contemporáneos. Porque, como enseña el Concilio Vaticano II, «en ellos... Dios muestra al vivo su rostro y su presencia a los hombres» (*Lumen gentium*, 50). El papa Francisco lo desarrolla así: «Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio» (*Gaudete et exsultate*, 19).

Naturalmente, la fama de santidad del padre Mendizábal habrá de ser corroborada por la Iglesia, como esperamos. Pero quien lea esta biografía podrá comprobar que los indicios que la sustentan son poderosos. Por eso, habrá que ir pensando y precisando cuál pueda haber sido la misión que la Providencia le haya encomendado para esta hora de la Iglesia y del mundo. Hago aquí un humilde ensayo al respecto, consciente de la dificultad de acertar en una cuestión de tanto calado y sin pretender condicionar al lector en modo alguno.

Hoy, día de la solemnidad de la Anunciación del Señor, del año de gracia de 2020, el mundo tiembla sumergido en la pandemia global del coronavirus. La ciudad de Madrid, donde escribo, de modo especial. Los nueve meses que pasarán hasta Navidad van a ser un tiempo de mucho sufrimiento y, al mismo tiempo, una ocasión propicia para la reflexión y la oración. Algunos analistas hablan ya de que, después de esta «guerra», se producirá un cambio de época, semejante al acontecido después de la Segunda Guerra Mundial. Ojalá que el cambio sea mucho mayor. Todos estamos necesitados de conversión. También, muy en particular, la cultura dominante en el mundo actual.

La guerra que concluyó con la bomba atómica y centenares de millones de muertos, así como la Gran Guerra, que la precedió, y las numerosas guerras civiles —incluida la de España— los campos de concentración, los genocidios de los armenios y de los judíos y otras calamidades de hechura humana han puesto en cuestión la *ideología del progreso*. No parece sostenible que la Humanidad avance por su propia condición, siguiendo una mítica ley inexorable de la historia, hacia cotas más altas de moralidad. El paraíso, es decir, la plenitud de la justicia y el amor, no será terrenal, no será el fruto inevitable de las obras y las capacidades humanas. El siglo xx es la demostración histórica de que la Humanidad supuestamente adulta de la Modernidad no es ni mejor ni más pacífica que la de cualquier otra fase de la historia.

Pero, después de varios siglos de adoctrinamiento, la ideología del progreso, tan sabiamente denunciada por Benedicto XVI en la encíclica *Spe salvi*, ha calado muy hondo en las mentes y en los corazones de nuestros contemporáneos. Son muchísimos los que rinden adoración al ídolo Progreso, el falso dios, cuyo culto sostiene la moderna cultura autorreferencial, absolutamente centrada en los poderes humanos y cerrada al culto del Dios vivo y verdadero. Cuando decimos progreso, no nos referimos aquí al legítimo desarrollo de los pueblos, tal como lo entienden el Concilio Vaticano II y san Pablo VI en su encíclica *Populorum progressio*. Nos referimos al objeto de esa ilusión perniciosa que encandila y engaña a las gentes haciéndolas creer que el hombre moderno ya no está necesitado de la gracia y de la salvación de Dios,

porque él solo, en su propia historia, sería capaz de acabar con las insidias del mal y de la muerte.

La ideología del progreso ha calado también en amplísimos sectores de la Iglesia y, lo que es más terrible y doloroso, de la vida consagrada y del clero; también aquí, bajo apariencia de bien, es decir, con la excusa de la ejecución de la reforma pedida por el Concilio y con la intención de hacer más evangélica y eficaz la misión de la Iglesia. Pero, bajo la influencia del ídolo Progreso, se ha defendido y se defiende que el amor al prójimo ha de ser por él mismo, no por amor a Dios; que lo importante es dar de comer a los pobres y no tanto facilitarles el acceso al bautismo y la eucaristía; que la conciencia moral es una capacidad autónoma del ser humano ilustrado, emancipado de toda ley divina; que la literatura y el arte no serían otra cosa que la expresión de la trascendencia inmanente del espíritu humano, es decir, de su supuesta infinitud. Todo esto, inspirando también muchas teologías, catequesis y espiritualidades.

En este contexto son particularmente necesarios testigos y apóstoles del Corazón de Cristo, como lo fue el padre Mendizábal. Testigos y apóstoles que son enviados por Dios a esta cultura falsamente enamorada del ser humano, para mostrar, sin polémicas ni agresividades, con ternura y buen humor, cómo el amor a Dios es la fuente del amor verdadero a su creación y, en particular, a su creatura predilecta, el ser humano. Porque el Creador mismo ha querido compartir el destino del hombre y ha tomado carne en el Hijo eterno. Porque él nos ama no solo con entrañas de misericordia, como metafóricamente predecía el profeta, sino con un verdadero corazón de carne, humano, el Corazón de Cristo, traspasado por el hierro de un orgullo diabólico, que él ha derrotado en la humildad divina de la Cruz.

La fe cristiana desenmascara al ídolo del progreso y no se reduce ni siquiera a ser un instrumento del desarrollo humano. La fe cristiana es antes que nada la «vida en Cristo» (Gál 2,19s), es el amor a Dios sobre todas las cosas y a todas en Él¹. Es abrir el corazón a Dios y a los hermanos, como abierto está el Corazón de Jesús.

¹ Cf. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 233, 363.

Es muy posible que el padre Mendizábal fuera un santo con esa misión: Mostrar así, al vivo, en el Corazón del Hijo, el verdadero rostro de Dios y del creyente. Lo de siempre, sí. Lo de todos los santos, sí. Pero a su manera propia y con esas personas, instituciones y lugares, a los que el Señor de la historia lo envió, como tan bien relata este libro.

Esta primera biografía del padre Mendizábal, escrita con elegancia, orden y claridad, está al alcance de todos. Que la Madre, cuyo corazón inmaculado sigue latiendo, junto al del Hijo, en el centro de la Iglesia, abogue por su fecundidad apostólica.

Madrid, 25 de marzo de 2020, Solemnidad de la Anunciación del Señor.

✠ Mons. Juan Antonio Martínez Camino

INTRODUCCIÓN

Luis María Mendizábal ha sido un jesuita excepcional. Recordamos con agradecimiento el regalo que ha supuesto haberlo conocido. Cada uno ha tenido la experiencia de sentirse *hijo*, único e irreplicable, para el padre Mendizábal. Damos gracias a Dios por haber derramado el Espíritu Santo sobre el padre y, a través de él, sobre quienes le hemos tratado.

«Cristo vive, está resucitado, de Corazón palpitante, me ama ahora, ahora está cerca de nosotros y es sensible a nuestra respuesta de amor...». Esto es probablemente lo esencial de su enseñanza, pero no es nuestra pretensión ofrecer en estas páginas reflexiones teológicas, fragmentos de sus libros ni todas las meditaciones de sus tandas de Ejercicios. Ya se ha publicado una tesis¹ sobre su pensamiento teológico, aunque quizá todavía no ha llegado el momento de una obra de síntesis definitiva.

Nuestra tarea es, sencillamente, presentar el itinerario biográfico del padre espiritual, el religioso, el hombre de Dios, el amigo de innumerables personas.

El padre Mendizábal ha sido realmente un «testigo y apóstol del Corazón de Cristo»: lo vivió con intensidad y lo ha mostrado con su predicación y hecho carne en su vida. En él hemos visto las actitudes y sentimientos del Señor: su paciencia y humildad, la alegría desbordante, la obediencia fiel y la confianza plena en Dios.

Las páginas que tienes delante han sido escritas con mucho cariño, pero procurando ofrecer la información con rigor histórico: no hemos edulcorado los hechos ni omitido las cuestiones vidriosas.

¹ Cf. S. BOHIGUES FERNÁNDEZ, *El corazón humano de Cristo: líneas fundamentales del pensamiento del P. Luis M.^a Mendizábal, S.J.* (Monte Carmelo, Burgos 2009).

Muchos datos proceden de conversaciones que mantuvimos con él, o de los recuerdos de algún buen amigo o familiar. Por esta razón, discúlpanos si adviertes alguna imprecisión: estaremos encantados de corregirla en próximas ediciones. Perdona también que hayamos incluido muchas fechas, nombres propios de numerosos jesuitas y detalles de las ciudades y casas donde vivió: nos parecía que era importante contextualizar la vida del padre, situarlo junto a sus compañeros, no considerarlo en abstracto, sino en las coordenadas espacio-temporales en las que se desarrolló su vida.

Hemos subtítuloado a este libro «Datos para una biografía». Nuestra intención, en efecto, es sacar a la luz información sobre la vida del P. Mendizábal que hasta el momento era inédita para la mayoría de los que le conocieron. El libro, por tanto, no es un trabajo de síntesis que ofrezca conclusiones definitivas. Hará falta que pasen algunos años para darnos cuenta de la transcendencia de la vida del P. Mendizábal en la época de la Iglesia que le correspondió vivir, y será necesario conocer otros datos que todavía no están a nuestro alcance —por ejemplo, de los que dispone la Compañía de Jesús en su archivo de Roma— para que pueda perfilarse una biografía que merezca considerarse definitiva. Nuestro escrito asume que es incompleto y provisional, pero nos alegra contribuir modestamente a que el padre sea un poco más conocido.

Vaya desde aquí nuestro agradecimiento a todas las personas que han contribuido a este primer intento de reconstruir la biografía del P. Mendizábal: M.^a Teresa García-Díe; las Hermanas Josefina Correas e Isabel Arrieta, de la Fraternidad Reparadora; y Luis Pérez Mora y Luis M.^a Fernández Linares, que comenzaron esta tarea. Expresamos nuestra gratitud a Cruz Mendizábal, al P. Manuel Iglesias, SJ, a las Madres Ana M.^a García Oliva, ONS, Cristina Parejo González de Castejón, CS, y a las Hermanas de la Fraternidad Reparadora, por sus orientaciones y correcciones. Enviamos nuestra felicitación al equipo de personas que ha investigado estos datos, recorriendo hasta los lugares más recónditos (Carlos Lorient, Diego Vigil de Quiñones, Juan Manuel Uceta, María Revilla, Fernando Fernández, Alberto Royo, Federico Cisneros, Santiago Bohígues, etc.). Y expresamos nuestro reconocimiento y afecto: a los jesuitas que han colaborado, de formas diversas,

desde Alcalá de Henares, Madrid, Deusto, Gandía, Innsbruck, Roma y Villagarcía de Campos; a tantos amigos y discípulos del padre; y a los que conservan recuerdo de él como verdaderos hijos suyos.

Deseamos que estas páginas contribuyan a mostrar el itinerario vital del padre Mendizábal, para ser introducidos con él en el misterio insondable del Corazón de Cristo. Ojalá su lectura te ayude a amar más a Jesucristo: a eso se dedicó el padre y ese puede ser el mejor regalo póstumo que le tribuemos.

PABLO CERVERA BARRANCO
MANUEL VARGAS CANO DE SANTAYANA